

Quim Aranda recupera la memoria histórica y la propia identidad en su nueva novela

M. ELENA VALLÉS. Palma.

Marcelo Rojo es un mensajero aéreo con pánico a volar que viaja, invitado por su tía Magda, para recuperar el viejo avión de madera de sus juegos infantiles. La singladura que Marcelo emprende se convertirá en una vuelta a sus orígenes humildes, silenciados en parte por su propio esnobismo.

El escritor y periodista Quim Aranda presentó anoche en la librería Ágora *El avión de madera que logró dar media vuelta al mundo*, publicado por Candaya. La novela, narrada en primera persona, no es calificada por su autor como autobiográfica, “aunque es ineludible rastrear paralelismos con mi propia existencia”. Quim, con 20 años e instalado en la Barcelona testigo de su alumbramiento, tampoco quería saber nada del pueblo de donde procedían sus padres. Yo siempre decía, reconoce Quim: “Mi saga familiar

termina donde finaliza el cinturón de la ronda”.

El barcelonés y colaborador del *Avui* propone una mirada al pasado a partir de la recuperación de las ruinas de la memoria perdida. Piensa el presente como antesala del futuro procurando como motivo temático la cuestión de la herida interior y su proyección en el futuro. Este hecho incita al protagonista al desplazamiento, a la búsqueda del pasado para poder llevar a cabo una superación personal que en el fondo es también colectiva.

La trama de la novela se cimenta en la vida de tres generaciones de una familia, cada una de ellas asentada en un entorno espacial y temporal diferente. Los abuelos del protagonista viven los episodios de la Guerra Civil en el pueblo de Escua, que está inspirado en Archidona (Málaga, lugar de donde provienen los progenitores del escritor). El pueblo es inun-



Quim Aranda presentó ayer su libro en Ágora. FOTO: MIQUEL MASSUTI

dato por un pantano, episodio que adopta un significado metafórico ya que simboliza la sumersión que sufren los recuerdos de los emigrantes cuando se enfrentan ante una desconocida realidad. Tras el trágico suceso, los padres del protagonista emigran a Barcelona. Y por último, el protagonista cuenta la historia al lector desde su casa, situada en un pueblo de la costa californiana.

El relato no sigue el orden cronológico sino que en él se van alternando los tiempos de las tres generaciones. El mecanismo para efectuar esos saltos temporales funciona en base a la evocación que provoca algún objeto. En este sentido se sigue el método de la magdalena de Proust.

El lenguaje es demorado y demuestra una gran capacidad del autor para centrarse en detalles mínimos. La incorporación de elementos simbólicos de cierta trascendencia poética le sirven al autor para reforzar la historia que va narrando. Aplica aquello que decía Lautréaumont: “Hay que usar un gesto poético para conseguir una verdad práctica”.

El avión de la novela aterriza en las manos del lector para contarle una trama de emigración con la que se pretende realzar el valor de la memoria histórica y la importancia de la búsqueda de la propia identidad.